

llante aristocracia extranjera, había sabido en pocos años convertirse en uno de los árbitros de buen gusto y dictadores y maestros de la moda. Sus trenes se mencionaban como modelos; su vestido servía de figurín que copiaba la juventud elegante. El corte de sus trajes era indiscutible; el color de sus guantes y la forma de sus corbatas se imponían con fuerza de ley.

El conde, á pesar de su supremacía reconocida, era hombre de una sencillez y de una gracia extraordinarias. Había logrado aquella soberanía sin que hubiera él hecho nada para conseguirla. Porque era buen mozo, de modales finos, muy galante y de gran talento. En su persona encarnaban todos los merecimientos sólidos y todos los brillantes defectos de la raza francesa. Parecía un personaje del siglo décimooctavo que había sobrevivido á su época, olvidado por la guillotina de los convencionales, por las gloriosas matanzas del Imperio, por las revoluciones sucesivas de la monarquía y por las hecatombes de la última guerra. Vestido con la casaca de raso claro y el calzón corto, con el calzado rojo y el cabello empolvado, habría hecho el conde una gran figura en la corte de Versalles. Con su abrigo negro forrado de seda, una flor amarilla en el ojal, con su gracia natural y elegante, era en las postrimerías del siglo y en el París moderno el *rey de la moda*.

Tenía este buen mozo una animación y un

atractivo indecibles. Dirigía un cotillón hasta el amanecer sin que nadie advirtiera en él la menor fatiga, y para reponerse tomaba una ducha y montaba á caballo. El aire libre del Bosque le reanimaba, y Armando volvía á su casa alegre, fresco y vigoroso; almorzaba con muy buen apetito, y una siesta de un par de horas le devolvía todas sus fuerzas y toda su facundia para las visitas de la tarde y los deberes de la noche. Y todavía, cuando el martes concurría al teatro Francés y al de la Ópera el viernes, hallaba fuerzas muy bastantes para no dormirse y hasta para aplaudir en los pasajes que merecían aplauso.

Dos años hacía que se había aficionado á representar comedias. Hízolo la primera vez por complacer á varios amigos. Tratábase de sustituir á un primer galán en el papel de *oficial* en la obra *L'Étincelle*. Armando había aprendido su papel en menos de tres días y lo había representado sin afectación, con naturalidad perfecta, con gran distinción y admirable desembarazo, logrando votos favorables de una concurrencia asaz descontentadiza. Habriase dicho que el conde había venido al mundo para *hacer* primeros galanes. Desde el principio había sabido recitar correctamente, andar con desenfado y declamar sin hacer muecas. Solicitado desde entonces por las señoras de las casas en que se rinde culto al arte dramático para solaz y esparcimiento de los

convidados, habíase dejado arrastrar el conde por el atractivo de sus primeros triunfos. Su segundo papel habíale proporcionado mayor éxito. Tuvo desde entonces un período de boga envidiable, y le fué necesario defenderse muy enérgicamente para no pasarse la vida representando comedias.

Una vez, dos veces á lo sumo, en el transcurso de la temporada teatral, accedía el conde á darse en espectáculo. Aun en esas ocasiones contadas hacía lo sin gran gusto y como quien cumple una obligación poco agradable. Aquella noche debía representar en su propia casa, á beneficio suyo, como solía decir alegremente en los ensayos. Y cuanto la más distinguida sociedad parisiense y cuanto la colonia extranjera tenían de más importante y distinguido, tanto se encontraba, á la sazón, reunida en los salones del palacio, esperando con impaciencia la señal de que el telón iba á levantarse.

Entre tanto, Armando, mientras ensayaba su papel auxiliado por su primo y se vestía ayudado por su doméstico, parecía sombrío y preocupado. Comprendíase bien que estaba haciendo esfuerzos para distraerse de pensamientos que le turbaban. De vez en cuando se arrugaba su frente y su voz sonaba nerviosa y seca. Acababa justamente de ponerse el frac cuando entró en el cuarto Firmont, disfrazado de brasileño, con el bigote oculto con una cubierta de goma, osten-

tando una polaca negra como el azabache y con la pechera de la camisa adornada de diamantes enormes, y sin tomarse tiempo para respirar, exclamó:

—¿Estamos ya, conde?—El público se impacienta.—Miró, al decir esto, el rostro de su interlocutor, y lanzando un grito de angustia, díjole:

—Pero... ¡Virgen de los Remedios! ¿Aún no se ha disfrazado usted? Está usted más pálido que un cadáver. ¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted malo?

—No; estoy perfectamente. Me pongo un poco de colorete y... todo está arreglado.

Armando pasó la pata de liebre que le presentaba su ayuda de cámara por sus mejillas, que estaban, en efecto, lívidas, y merced á esta coloración artificial apareció tal cual de ordinario se le veía: animado y brillante.

—Ha comenzado la sinfonía—gritó una voz desde la entrada del cuarto.

—Corriente—respondió el conde.

Movió al decir esto sus hombros, pisó con energía en la alfombra, y con más fingimiento que verdad, como si pretendiese engañarse á sí mismo, dijo sonriendo:

—Vamos allá. Tú, Cravant, ve delante. Y nosotros, Firmont, ¡á la victorial

A lo lejos se oían los acordes de la orquesta. Los tres llegaron al saloncillo que servía de sala

de espera (*) á los artistas y comunicaba con el teatro levantado en uno de los extremos de la galería, llamada de *las fiestas*. La señora de Jessac y la baronesa Tresorier, resplandecientes con sus elegantes y espléndidos trajes, esperaban con Perducieres, que estaba completamente desconocido con su peluca gris, sus bigotes de chuleta y su vientre de *padre noble*. Firmont, de sudamericano, arrastrando consonantes como arrastran rocas los torrentes de la Savana, fué acogido con exclamaciones entusiastas. Fué necesario, para que sus amigos callasen, que el barón de Cravant les advirtiese que desde la sala podían ser oídos. Los artistas no se cansaban de mirarse unos á otros ni de felicitarse mutuamente. La señora de Jessac, lindísima rubia de talle delicado, presentaba un descote atrevido, que debía, por lo menos en lo que se refiere al sexo feo, paralizar todas las críticas á que en concepto de actriz se hiciese acreedora. Tenía, sobre todo, un lunar, ¡lunar asesino!, tan extrañamente situado en el hueco del pecho, que Firmont sentía en su fondo bocanadas de calor que le subían á la cabeza. El marqués de Riva, le-

(*) La voz francesa *foyer* que el autor emplea no tiene correspondencia exacta en castellano. Puede significar *vestíbulo*, *salón de descanso*, *salón de espera*, etc.; pero en este caso no es nada de eso. El uso ha empezado á introducir en la conversación la palabra *foyer*; pero la Academia Española no le ha dado aún el *exequatur*.—(N. del T.)

vantando una cortina que ocultaba el vestíbulo, se adelantó sonriendo hacia los intérpretes de su comedia y dió una vuelta afortunada. Correcto y agradable, con sus ojos algo burlones y sus bigotes de antiguo oficial retirado, hallaba siempre una palabra amable é ingeniosa que dirigir á cada uno. Si solícito y galante se presentaba á las señoras, era para los hombres el amigo agradecido.

—Creo que vamos á salir bien—dijo al conde.—La señora de Fontenay me encarga que le anime á usted. ¡Ah!... La sinfonía está concluyendo. Perducieres vendrá en seguida. Nada de comoverse; naturalidad y todo irá perfectamente. Me vuelvo á mi asiento para aplaudir á todos ustedes.

Armando, subido en el tablado sobre el cual se había levantado el teatro, dirigió por el agujero practicado en la embocadura una ojeada rápida á la sala. Bajo la claridad producida por la luz eléctrica en todo el esplendor de su hermosura y de su elegancia, doscientas mujeres, sentadas y vestidas de toda gala, formaban una *platea*, de tal manera suntuosa y magnífica, de tal modo brillante y deslumbradora, que no se concebía nada igual. Brillaban los diamantes, resplandecían los ojos, entornábanse las bocas en suaves sonrisas, ondulaban las plumas sobre las cabezas; los encajes, en torno de elegantes bustos, se estremecían al viento suave de los

abanicos, dulcemente movidos, y que se agitaban como alas de pájaro enamorado. Un aroma suavísimo flotaba en aquella atmósfera embalsamada, emanación exquisita de aquel conjunto de mujeres hermosas, delicioso perfume de aquellas flores vivientes.

La señora de Fontenay, en medio de los grupos de íntimos, mostraba en su rostro impenetrable serenidad. Hablaba con presencia de ánimo verdaderamente admirable, atendiendo á todos, prodigando sus palabras más afectuosas, otorgando sus más encantadoras sonrisas. Y, sin embargo, llevaba la muerte en el corazón. Herida cuando menos lo esperaba, cuando se juzgaba más dichosa, por la primera flecha de los celos, sufría un tormento horrible que debía ocultar á todo el mundo. Sentado muy cerca de la condesa un anciano de cabellos blancos rizados, de mirada penetrante, de sonrisa algo sarcástica, el marqués de Villenoisy, antiguo amigo que había visto nacer á la esposa de Armando, la miraba sin decir una palabra. Habíanle inquietado el timbre anormal de su voz y el brillo casi febril de sus ojos. En un momento en que la condesa reía demasiado ruidosamente, no pudiendo vencer la excitación de sus nervios descompasadamente tersos, el marqués se inclinó hacia ella y con dulzura casi paternal la preguntó:

—¿Qué ocurre, Mina? ¿Está usted enferma? Usted no me parece la misma esta noche.

La condesa levantó sus hermosos ojos hacia su antiguo amigo, y detenida en medio de un esfuerzo de resistencia á la tristeza que la abrumaba, dejó por un segundo que los rasgos de su fisonomía mostrasen un doloroso desaliento. Algunas lágrimas viniéron á humedecer sus párpados, lágrimas secadas inmediatamente por el ardor de la calentura. La condesa recobró muy pronto el dominio de sí misma, movió su arrogante cabeza de purísima línea, hizo un ademán de indiferencia con el auxilio de su abanico, y con tono ligero contestó al diplomático:

—Nada, nada, querido barón, un poco de fatiga; pero cuando nos divertimos se olvida todo.

El viejo diplomático bajó la cabeza con aire muy satisfecho. En su carrera había adquirido la costumbre de aceptar siempre las razones que se le daban, sin perjuicio de formar él para su uso, observándolo todo, una opinión particular suya. Quería el barón demasiado á la condesa para exigir de ella explicaciones que parecía poco dispuesta á dar; pero se propuso estudiar aquella situación, que no veía suficientemente clara. Por lo demás, su atención fué muy pronto solicitada por otros asuntos.

Después de los últimos acordes de la orquesta en miniatura instalada delante del escenario, acaba de levantarse el telón, y Perducieres, á quien muy luego acompañaba en escena la señora de Tresorier, rompió el fuego. Después,

y en medio de aplausos demasiado vivos para aquel público excesivamente reservado, habíase presentado en el palco escénico Armando.

Desde aquel momento la señora de Fontenay olvidó todo cuanto la rodeaba para concentrar su atención sobre el único sér que para ella existía en el mundo. Sus ojos, clavados en el rostro de su marido, investigaron todos y cada uno de sus rasgos con la atención misma que los marinos ponen para buscar en el horizonte las señales de tormenta. Ni una contracción de los labios, ni una arruga de la frente, ni un fruncimiento de cejas del conde podían escapar á la observación de la condesa. Allí, en medio de aquella muchedumbre elegante, emboscada como un espía para descubrir un secreto de vida ó muerte, la condesa tenía completamente á su disposición á Armando.

La condesa experimentó una alegría casi feroz cuando vió que Armando se adelantaba hacia la batería, completamente á la luz, sin protección alguna, sin medio alguno de rehuir la curiosidad del público, solo, entregado del todo á sus miradas devoradoras. Estremecióse al oír el metal de su voz fresca, sonora, agradable, y al admirar su altiva y noble apostura. Sufrió en su corazón una sacudida rápida, y un dolor horrible la trastornó, bañando su frente de un sudor helado; su marido, en el papel de enamorado, mostrábase rebosando juventud y gracia.

Parecía no haber cumplido treinta años. Esta observación llevó al ánimo de la condesa amargura terrible. Por una repentina evocación se vió á sí misma al lado de Armando, y los inevitables ultrajes que la edad le había hecho sufrir se ofrecieron á su vista con realidad abrumadora. El conde era todavía joven, seductor, de condiciones bastantes para inspirar amor. Mas ¡ay! ella solamente podía pensar en sentirlo.

La certidumbre de que el conde le hacía traición ó de que se la haría la torturaba con tal crueldad, que tuvo precisión de morder su pañuelo de encaje para no prorrumpir en sollozos y gritos. Una nube oscureció su vista y cesó de ver, por un momento, lo que existía en derredor suyo. Oía, como desde lejos, las voces de los actores que declamaban sus diálogos; pero había perdido casi por completo la conciencia de su persona física.

Este semidesvanecimiento duró poco. La condesa comprendió muy luego lo que le sucedía; tuvo miedo de servir de espectáculo y de dar motivo á comentarios, y halló en su espíritu enérgico fuerza suficiente para imponer á los músculos la voluntad y dar á su semblante un aspecto risueño. Procuró agitarse para disipar el abatimiento que se había apoderado de ella. Pronunció en voz alta palabras laudatorias para los comediantes aficionados, y golpeó con su abanico en la palma de su mano, cubierta de

finísimo guante, para aplaudir. A esta señal estalló una verdadera tempestad de aplausos.

La condesa, en medio de aquel regocijado tumulto, volvió la cabeza y adquirió la certidumbre de que nadie había reparado en su pasajero desmayo; esta seguridad la tranquilizó mucho. Para aquel espíritu enérgico, el pensamiento de que sus dolores íntimos hubieran podido ser adivinados y servir de alimento á la curiosidad de los maliosos era insoportable. Siguió, pues, desde entonces atentamente las peripecias de la comedia que se desarrollaba alegre, ligera, animada, entre murmullos de aprobación del auditorio. Halló la condesa entretenimiento en aquel espectáculo que fué como una especie de tregua en medio de sus angustias. Cesó de reflexionar y se dejó seducir por la impresión, del todo exterior, de aquel efímero placer gastado. Tuvo, asimismo, por espacio de una hora, una animación en el semblante que engañó por completo aun á los que mejor la conocían.

Armando, por su parte, igualmente turbado que la condesa, al descubrir en medio del auditorio la cara risueña de su mujer, experimentó un gran consuelo. Evidentemente la condesa no sospechaba nada; su fuga había pasado inadvertida, y no estaba amenazado de una entrevista desagradable con la condesa. Tuvo al vencerse de esto un movimiento tan vivo de alegría, que su rostro, un poco triste hasta aquel

momento, se alegró. Dirigió una dulce mirada á la condesa y representó para ella, dedicándole todos los efectos de su papel, solicitando su aprobación, estableciendo entre ella y él, en medio de aquellos concurrentes, una comunicación secreta. Estuvo realmente seductor; habriase dicho que ponía un empeño particularísimo en triunfar aquella noche más ruidosa y más brillantemente que nunca.

Armando había querido agradar y lo había logrado. Cayó el telón en medio de unánimes aclamaciones. Ese público del *gran mundo* que tan difícilmente se entusiasma, una vez puesto en marcha, no quiso detenerse. Las llamadas á escena se sucedían unas á otras y no cesaban, obligando á presentarse en el reducido escenario á los actores risueños y encantados de su éxito. Después la concurrencia se levantó en desorden y al murmullo lisonjero de los plácemes dirigidos á la condesa, entre las conversaciones de todas aquellas gentes acostumbradas á verse casi todos los días y volverse á ver casi todas las noches, la *galería de las funciones* fué poco á poco quedándose desierta, y el comedor, donde se había instalado el ambigü (*) fué literalmen-

(*) El vocablo *buffet* no corresponde exactamente á nuestra palabra *ambigü*, pero se aproxima mucho á ella. En realidad, la voz francesa *buffet*, como tantas otras de uso frecuente, se ha vulgarizado entre nosotros; pero todavía no ha logrado *carta de naturaleza* expedida oficialmente por la Academia. (N. del T.)

te invadido. Los actores, después de haber cambiado de trajes y de haberse quitado sus disfraces, habían venido á mezclarse con los espectadores, y rodeados por todos y abrumados de parabienes recibían felicitaciones que ellos traspasaban modestamente al autor de la comedia. Armando, completamente dueño de sí mismo, iba de un grupo á otro grupo llevando á todos ellos su palabra ingeniosa y ligera. El barón de Cravant, segundo apunte de la compañía, libre ya de la tarea de dar las salidas á los actores y sin otro cuidado que el conservar el manuscrito de la comedia, examinaba al conde y á la condesa, y como los viera tan tranquilos y tan alegres se preguntaba á sí mismo si no habría soñado. ¿Aquella escena rápida—drama precursor de la comedia—no se había verificado en las habitaciones de Armando? ¿No había visto él, con sus mismos ojos, llorar á la condesa cuando se enteró de la ausencia inexplicable de su marido? El barón creía oír aún la voz de su prima cuando le dijo antes de alejarse: «¡Ni una palabra!... Que no sepa mi marido que he venido aquí; que no sospeche que he leído ese telegrama.» Porque la condesa conocía indudablemente el contenido del telegrama, y él, el barón de Cravant, lo ignoraba. ¿Serían por ventura, asuntos de dinero? ¿Eran negocios del corazón los que habían obligado al conde á dejar su palacio cuando su presencia en él era indispensa-

ble? Una sonrisa de duda entreabrió los labios de Cravant. ¿Asuntos de dinero? Con la enorme fortuna del conde esa hipótesis era absurda. Además, Fontenay no jugaba. Entonees... ¿Alguna mujer? ¿Cualquier aventura amorosa?

El barón, después de reflexionar, movió silenciosamente la cabeza. ¿No amaría ya el conde á su mujer? Su estrecha intimidad, al cabo de diez años de matrimonio, era el asombro de cuantos los conocían.

En una sociedad tan propicia á escuchar cuentos escandalosos y desvergonzados chismes nunca se había oído una palabra que redundase en desprestigio del conde ni de la condesa. En concepto de todos era aquel un matrimonio modelo y era imposible que se hallase otro igual, ni aun parecido, en el mundo. ¿No se trataba, pues, ni de negocios de intereses ni de aventuras amorosas?

La cosa, sin embargo, era grave; una mujer inteligente y enérgica como lo era la señora de Fontenay no se habría trastornado por una ninería. Existía, indudablemente, una aventura misteriosa, y á más de misteriosa grave, que ponía en peligro la felicidad de la condesa. Y Armando, riendo, charlando, requebrando á las señoras, no parecía estar inquieto.

Es verdad que el conde ignoraba el descubrimiento hecho por su esposa y el conocimiento que la condesa tenía ya del hecho que había motivado su escapatoria de aquella noche. El pen-

sar en el riesgo que corría su primo conmovió á Pablo de Cravant. En verdad, en verdad, la partida entre la señora de Fontenay y Armando se iniciaba en condiciones demasiado desiguales. El hombre estaba desapercibido, sin armas y al descubierto; la mujer, por el contrario, venía preparada, en guardia, y pronta á utilizar el menor descuido. Cravant se preguntó si, en conciencia, no estaba obligado á prevenir al conde. No á contarle precisamente todo lo que había pasado; pero á decirle lo necesario para que obrase con prudencia. Así las condiciones se equiparaban y la lucha resultaría menos peligrosa. Pablo dió algunos pasos para acercarse al conde; pero cuando levantaba la mano para darle un golpecito en el hombro con el propósito de hablarle un instante á solas, no pudo realizarlo porque un brazo se deslizó por el suyo, y cuando admirado volvió la cabeza para enterarse de quién era el importuno, su rostro se halló cerca del rostro risueño y avisado del marqués de Villenoisy.

—Detengo á usted de orden superior—dijo el antiguo diplomático cogiendo el brazo del joven;—una mujer hermosa que tiene interés en hablar con usted me lo ha mandado.

El barón, completamente desconcertado, siguió al diplomático, que le condujo prisionero hasta ponerle en presencia de la señora de Fontenay, á quien dijo:

—Aquí está nuestro hombre, querida Mina; en manos de usted lo deajo.

Y se alejó, dejando al barón y á la condesa frente á frente. El rostro de ésta perdió de pronto su fingida alegría y se tornó triste y grave.

—¿Qué iba usted á hacer, Pablo?—le preguntó.—¿Venderme? ¡Oh, no se defienda usted! No he dejado un momento de observar á usted desde que estamos en el salón y he leído el pensamiento de usted en su frente. No puede usted engañarme: iba usted á prevenir al conde.

—Es verdad, prima.

—¿A pesar de sus ofrecimientos?... Procedía usted mal.

—¿He de abandonarle á los riesgos que puede correr? ¡Oh, condesa, no sé lo que sucede!... Armando nada me ha confiado; pero tal vez están ustedes ambos, usted como él, expuestos á una desgracia. Usted sabe cuán de veras quiero á los dos... Vamos, querida prima, déjeme usted intentar...

—No—dijo la señora de Fontenay con voz sorda—es ya muy tarde para eso... Sé demasiado para que me sea posible recobrar la tranquilidad, ni aun con las promesas más formales. Ahora es necesario que conozca yo la verdad, toda la verdad... y me reservo á mí sola la tarea de averiguarla. Prométame usted, por segunda vez, no pronunciar una sola palabra que pueda poner sobre aviso al conde.

—¡ En terrible situación me coloca usted! ¿Voy, pues, á entregárselo á usted atado de pies y manos?

—No; entre nosotros permanecerá usted neutral. La casualidad me ha puesto sobre la pista de un secreto. Olvide usted lo que sabe. A esto se reduce lo que de usted exijo.

—Sea como usted quiera—respondió Cravant con tristeza.

Saludó á la condesa, fué á estrechar la mano de Armando y salió.

Solamente quedaban los amigos íntimos. Poco á poco éstos también fueron abandonando el palacio, y el conde y la condesa quedaron solos en aquellos salones, desiertos ya, aunque profusamente iluminados.

Aquella soledad suntuosa, aquellos vestigios de la fiesta acabada impresionaron profundamente á la señora de Fontenay, que vió en ellos el cuadro exacto de su existencia en lo porvenir. Los días brillantes y venturosos, ¿no habían concluído ya para ella? ¿No iba á correr pronto la soledad y el abandono? La condesa experimentó deseos vivísimos de preguntar á su marido, procurando adivinar en sus miradas, en sus palabras, en las inflexiones de su voz la verdad aun oscura.

Dirigióse á Armando cuando volvía éste de acompañar hasta la escalera al último de sus amigos, y apoyándose en su brazo le arrastró

hasta el saloncillo que separaba las habitaciones de los esposos, y en el cual, como todas las noches, estaba preparado el té.

Sentáronse silenciosos y como separado uno de otro por sus pensamientos. Transcurridos algunos instantes volvióse la condesa hacia su marido, y como le viese absorto le preguntó:

—¿Qué tienes, Armando? Me pareció al principio de la comedia que no tenías tu aplomo habitual, y ahora mismo parece que estás preocupado...

El conde levantó vivamente la cabeza que tenía algo inclinada, su rostro se tornó en seguida risueño y parecía completamente tranquilo cuando respondió:

—¡Bah! Un poco de cansancio nada más; pero nada de preocupación; puedes creerme.

—Creo que si experimentases algún disgusto tendrías en mí confianza bastante para no ocultármelo.

Armando, al oír aquellas palabras, pronunciadas con solemnidad, clavó su mirada en la condesa; una sombra de inquietud nubló su frente; apartó con el pie el sillón en que estaba sentado, y dando paseos por la estancia preguntó en lugar de responder.

—¿Y qué disgusto puedo tener?

—Si lo tienes... pienso que no soy yo la causa.

Armando se estremeció, acercóse vivamente

30640

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALVARO OBREGÓN"
Cada. 1622-MONTERREY, MEXICO

á la condesa, y tomándole con cariño una mano entre las dos suyas le dijo con voz conmovida:

—¡Oh, no por cierto! Eres la mejor y la más encantadora de las criaturas, y sabes demasiado que tengo para ti en mi alma mucha estimación y mucho cariño... ¿Disgustos por tu causa? ¡Dios de bondad! Cuantas alegrías y cuanta felicidad he gozado en mi vida á ti te las he debido siempre, á ti te las debo.

—¿Es decir, que tu corazón es para mí hoy el mismo de siempre?

El conde, al oír estas palabras, manifestó bruscamente su sorpresa.

—¿Qué significa esa pregunta?—dijo con dulzura.—¿Sería posible que lo dudases?

La señora de Fontenay, sin responder á su marido, cogió una de sus manos y le hizo colocarse junto á ella delante del magnífico espejo que adornaba la chimenea; levantó entonces con un dedo los cabellos que rodeaban sus sienes, y mostrándole algunas hebras blancas que lo plateaban, y con una sonrisa melancólica dijo:

—Ya soy vieja, querido Armando; tú... tú eres todavía joven, y cada día que pasa aumenta la distancia que separa tu edad y la mía. Cuanto más adelantemos desde ahora en la vida tanto más envejeceré yo y tanto más seguirás rejuveneciéndote. No puedo pensar en esto sin sentir angustias crueles. ¡Ay, el rostro cambia,

pero los sentimientos perseveran! Y mi amor hacia ti es el mismo que hace diez años. Esta noche, viéndote en el escenario, he temblado al advertir que podrías representar también conmigo una comedia, y que entonces sería yo muy ridícula, y además tan desgraciada que el dolor me mataría.

Armando palideció y quiso protestar, pero la condesa continuó con vehemencia cada vez más apasionada.

—¡Oh, déjame hablar! Ha llegado el momento en que es preciso que te diga todo esto. Tú sabes cuán de veras te amo... pues bien, no me hagas padecer las torturas de los celos; no me conviertas, por Dios, en la fábula de nuestra sociedad. Tú me debes, cuando menos, lealtad y franqueza. Acuérdate de que contigo he sido yo franca y leal.

A estas palabras, que contenían, sin duda, alguna alusión grave al pasado, una llamarada subió á la frente del conde. Armando cogió la mano de su esposa, la estrechó con cariño y la dijo con tal seguridad y tal firmeza, que habría seguramente devuelto la confianza á quien le hubiera escuchado con menos prevención.

—Tranquilízate; nada, absolutamente nada tienes que temer de mí. Desecha, por Dios, esos tristes pensamientos... te quiero con toda mi alma.

La tomó del brazo, llevóla dulcemente hasta

sus habitaciones, y ya en el umbral continuó diciendo:

—Vamos, es preciso descansar. El sueño desvanecerá esas locuras y mañana ya no pensarás en ellas.

Armando besó cariñosamente á la condesa, la miró con ojos tranquilos y risueños, y atravesando el saloncillo se dirigió á su cuarto. No bien hubo desaparecido el conde, su esposa, con el semblante demudado, cayó medio desvanecida en un sillón, y dando rienda suelta á su dolor, tanto tiempo reprimido, rompió á sollozar, diciendo en voz entrecortada por el llanto:

—¡Ha mentido, ha mentido! Poco después se calmó y se puso á reflexionar profundamente.

II

En Viena, durante las fiestas de Año Nuevo, y en un baile de palacio, fué donde Armando de Fontenay, recientemente agregado á la embajada, vió por primera vez á la hermosa princesa de Schwarzbourg. La princesa penetraba con aire alegre en el saloncillo reservado en que permanecía la emperatriz. El conde francés, llegado poco tiempo antes de París, deseaba ser presentado por su embajador y se hallaba á muy pocos pasos de la soberana cuando la joven se

adelantó graciosa y risueña. Armando fué testigo de la cariñosa acogida que la princesa obtuvo. Vióla tratada por la emperatriz casi de igual á igual, y comprendió perfectamente la elevada posición que debía de ocupar en la corte quien así era recibida en ella. Pero lo que le impresionó más profundamente fué la hermosura de la joven.

—¿Está usted sola aquí esta noche, Guillermina?—preguntó la emperatriz.

—Sí, señora; el príncipe ha tenido que permanecer en Bohemia con motivo de las elecciones. El servicio de S. M. lo aleja de la corte. Ninguna otra razón habría podido decidirle á estar ausente de aquí en un día como éste.

—El príncipe no ha menester de que el emperador le oiga para que estemos seguros de su adhesión—dijo amablemente la emperatriz.—Un antiguo servidor de la monarquía como él lo es, no está ya en el caso de *hacer sus pruebas...* Pero á su edad debería cuidarse un poco... El invierno debe de ser crudo en Bohemia.

—Sí, señora; cuando me he separado del príncipe había en los caminos más de tres pies de nieve. Solo es posible viajar en trineos; pero, en cambio, así se viaja con más rapidez y más comodidades.

La conversación seguía con más intimidad entre la joven y su soberana, y el conde no pudo comprender el sentido de las frases. Pero de las